

En el umbral del misterio



Francisco Soler Guevara



Ediciones Perdidas

EN EL UMBRAL DEL MISTERIO

EN EL UMBRAL DEL MISTERIO

FRANCISCO SOLER GUEVARA



Ediciones Perdidas

© Francisco Soler Guevara, 2011.
Ediciones Perdidas, 2011.
Asociación Cultural Libros de Arena.
Camino de los Espejos, 51.
04131 - Retamar - Almería.
www.librosdearena.es

Proyecto gráfico de J. Palacios.
Fotografías de portada de
Miguel Ángel Milán Sánchez

Dep. legal: AL 139-2011
ISBN: 978-84-937160-7-3

*A Charo,
mi mujer,
mi alma,
mi protectora,
mi amor.*

PRÓLOGO

El misterio para el ser humano es un lugar inexpugnable. No podemos movernos en sus entresijos y si levemente rozamos su esencia nos sentimos perdidos en el embrollo de su entraña, empequeñecidos y ansiosos de una luz que si se dejara entrever, apenas vislumbrada, el misterio desaparecería en su totalidad, perdidos la poesía y el embrujo (los hay, sin duda, en el misterio que yo concibo), el tono, la cadencia y parte de la laberíntica singladura que siempre acompañan al hecho misterioso. Tal es así que no sé si por comodidad o pudor, o tal vez imbuido de un inconmensurable, por siempre inabarcado fervor estético, sólo me he atrevido a su cercanía sin aventurarme más allá del umbral. La intención del espíritu que permite presentar el conjunto de estos doce relatos como un todo armónico sin pretensión de ir ni un paso más allá del umbral del misterio, nace y muere tal vez en la, con toda certeza, no carente de ingenuidad intención del autor. Siendo las cosas así y no de otro modo, sólo resta contar con la benevolencia de aquel o aquellos a quienes las historias van dirigidas.

LO QUE MICHELANGELO ME CONTÓ

“**I**l frontispizio della chiesa di Santa Maria Novella a Firenze è come tutti quelli più importanti della Toscana, di marmo policromato. Bellissimo, infatti, ma questo non attirerebbe molto la nostra attenzione se non fosse perché dentro la chiesa, nell'abside, dietro l'altare, si possono ammirare i famosi affreschi di Domenico Ghirlandaio e dei suoi collaboratori ed allievi, tra cui si trova Michelangelo, ancora ragazzo. Non so perché e perché no; non so cosa possa succedermi quando mi trovo di fronte a quest'insieme monumentale e magnifico ma quest'umile amante dell'arte si trasforma in un sacco di battisoffie e la mia anima si trova perduta e indifesa.

Per occhi meno sensibili dei miei, questi muri, dimenticato tutto il concorso d'arte che tesoreggiarono, forse, soltanto conservano perfino la documentazione più fedele della vita privata della ricca società fiorentina del Quattrocento. Nella “Vita di Maria Vergine e di San Giovanni” appaiono donne e ragazze con i vestiti e i tocchi dell'epoca e anche molti gentiluomini tra i quali si sarebbero potuti riconoscere allora i ritratti dei diversi personaggi fiorentini famosi del momento. Nonostante, questa visione, sicuramente eccessivamente professionale, della realtà artistica intorno agli affreschi di Ghirlandaio mai sarà la mia visione”¹.

¹ El frontispicio de la iglesia de Santa María Novella en Florencia es como todos los más importantes de la Toscana de mármol policromado. Bellísimo, en efecto, pero esto no llamaría demasiado nuestra atención si no fuera porque dentro de la iglesia, en el ábside detrás del altar mayor, se pueden admirar los famosos frescos de Domenico Ghirlandaio y de sus colaboradores y alumnos entre los cuales se encuentra Miguel Ángel, todavía muchacho. No sabría decir por qué o por qué no, ni sé que pueda sucederme cuando me hallo frente a este conjunto monumental y magnífico. Sólo que este humilde amante del arte se transforma en un saco de temblores y mi alma se encuentra perdida e indefensa.

Me viene a la memoria como si hubiese ocurrido esta mañana, la impresión tan fuerte que me produjo, cuando cursaba segundo de italiano hace ya unos años, la lectura en un periódico de Florencia del que no recuerdo el nombre, de esta pequeña reseña de arte sobre los frescos de Santa María escrita por un joven crítico, presa de un “síndrome de Stendhal”, que yo entonces sólo conocía de oídas, y que me hizo desear con toda mi alma que llegase pronto el día de poder admirar en vivo esta maravilla, cuyo entusiasmo por su contemplación había sabido transmitirme, a través de unas pocas líneas escritas en italiano, alguien cuyo nombre, desgraciadamente, tampoco recuerdo.

En aquella ocasión, algunos años después, a pesar de que aún estábamos en invierno y de que Florencia es fría como toda la Toscana, aquel 28 de Febrero, día de Andalucía, teníamos una preciosa mañana de sol y la temperatura era muy apacible. Que el día de la fiesta nacional andaluza hubiese caído en jueves nos había permitido a mi mujer y a mí, aprovechando el “puente” hasta el domingo, coger el avión en Málaga el miércoles por la tarde y, después de haber dormido en nuestro precioso hotel florentino, disfrutar ahora de la bonanza del clima en Piazza di Santa Maria Novella, esperando que abrieran las puertas de la iglesia del mismo nombre para visitarla una vez más.

Charo y yo obtuvimos hace algún tiempo nuestro título superior en italiano después de haber estudiado esta bellísima lengua durante cinco años y, desde la primera emoción

Para ojos menos sensibles que los míos, estos muros, olvidado todo el cúmulo de arte que atesoran, tal vez sólo conservan, así mismo, la documentación más fiel de la vida privada de la rica sociedad florentina del “Quattrocento”. En la “Vida de María Virgen y de San Juan” aparecen mujeres y muchachas con vestidos y tocados de la época, y también muchos caballeros entre los cuales se habría podido reconocer entonces los retratos de diversos personajes florentinos famosos del momento. No obstante, esta visión, sin duda excesivamente profesional, de esta inefable realidad artística de los frescos de Ghirlandaio no será nunca la mía.

que sentimos, cumplido al fin nuestro deseo de visitar Florencia, ante los maravillosos frescos de Ghirlandaio, toda la enormidad de los tesoros del arte italiano y, por si esto fuera poco, el encanto de Italia y de sus gentes, nos hizo continuar los estudios en la Escuela Oficial de Idiomas con ímpetu redoblado y, cada año, venir por lo menos una vez, dejando siempre un hueco para esta joya de la Toscana y del universo entero que es la Florencia de nuestros amores.

A las nueve en punto se abre la puerta del precioso templo que los dominicos Sixto y Ristoro comenzaron a mediados del siglo XIII, y que más tarde quedó a la sombra del esbelto campanile de estilo lombardo diseñado por Talenti, quién lo levantó independientemente del recinto sacro, según los usos de los arquitectos que crearon las iglesias toscanas de la época. Nada más abrir, accedemos bajo la portalada de mármol blanco y verde (con las reminiscencias románicas de los arcos ciegos que Alberti construyó, inspirado en los del Baptisterio, doscientos años más tarde de que Santa María Novella se empezase a edificar). El interior del recinto de cruz egipcia y tres naves de bóveda de crucería, nos recibe majestuoso. Con paso decidido, Charo y yo dejamos a la izquierda la nave central, con el púlpito de Buggiano que diseñó Brunelleschi, rodeamos el altar de mármol policromado, y desembocamos en el ábside donde sobre las primitivas pinturas de temática mariana de finales del mil trescientos, que estaban totalmente descoloridas, Domenico Ghirlandaio comenzó en mil cuatrocientos ochenta y cinco su recreación, que no restauración, de las “escenas de la vida de María Virgen y de San Juan Bautista”. Lo curioso de estas pinturas al fresco del presbiterio de Santa María es que las escenas devotas que deberían haber encontrado su justificación en sí mismas, siempre e inexorablemente, quedan en segundo plano, dando preponderancia a la presencia

de personajes florentinos de las familias nobles del entorno de los Medici, para las que trabajaba el pintor, y que con su mecenazgo hacían posible no sólo la supervivencia del propio Domenico sino de los innumerables alumnos y colaboradores de los que el artista estaba rodeado, así como del sostenimiento de su taller y del sufragio de los gastos que las actividades precisas para que la obra llegase a buen fin hacía necesario.

En el presbiterio, ante las preciosas pinturas, con cromatismos cambiantes según el encendido o no de la iluminación eléctrica —un mecanismo la hace funcionar con un sistema de máquina tragamonedas— que permite a quien contempla pasar del misterio de las escenas allí representadas, ora ensombrecidas por la poca luz que se filtra a través de las vidrieras, después resplandecientes con la iluminación de pago; dos sillas plegables frente al lienzo de pared que preside “El nacimiento de la Virgen María”, parecían estarnos esperando a Charo y a mí, olvidadas de los turistas que deambulaban por allí y que parecían no reparar en ellas.

Nos sentamos y, tal y como las otras veces en que me he hallado en la contemplación de las pinturas, comencé a sentir esa atmósfera de misterio que invariablemente me ha envuelto desde el momento en que me situé ante ellas por primera vez. Charo me dijo que se dirigía un momento a la nave central del templo, y yo permanecí en plena ensoñación, en la contemplación de las gentes y del ambiente que aparecía ante mí, y que, como delante de un gran ventanal, era visto y sentido sin saber muy bien si desde dentro de mi propia emoción, o desde fuera.

Entrecerré los ojos subsumido en la posesión algo más que sensorial y alguien, que yo pensé que era Charo que volvía, me puso la mano en el hombro en un intento de llamar mi atención, haciéndome volver a una realidad que

aparentemente acababa de abandonar. Cuando intenté, a través de tomar la mano de mi mujer, hacerle ver que ya me había dado cuenta de que regresaba, la mano se apartó con cierta precipitación y una voz de un joven con acento toscano me dijo a medias entre castellano e italiano:

—Signore Francesco, la prego,² mi señora Giovanna me manda para servir a su excelencia en lo que guste mandar.

Saliendo súbitamente de mi ensimismamiento, me vi en una amplia estancia con grandes ventanales de arcadas sostenidas por columnillas de mármol rosa veteadas, cristales enmarcados en fina marquetería, arrimaderos de nogal tallado y techo y taraceas esplendidos. La pared de mi derecha estaba decorada con un relieve de amorcillos y placas entre pilastras, sosteniendo pilares adornados con motivos clásicos esculpidos.

Me hallaba sentado en un escaño de roble encerado, con asiento de damasco y ricos cojines bordados protegiendo mi espalda. Vestía un jubón de terciopelo bermellón, camisa de seda blanca con amplio cuello de encaje, calzones negros, también de terciopelo, y unos escaupines de piel vuelta con hebilla de oro sobre medias negras de lana de Flandes. En la cintura, una daga corta con puño de oro y pedrería, y sobre mis hombros y en el cuello, notaba la suavidad del armiño, adornando la parte superior de una elegante capa corta con forro de seda verde bajo la suave piel de gamuza, teñida de negro con bordados en plata, con la que estaba confeccionada. En la mano sostenía un bastón de ébano de la India, con puño de cabeza de león en marfil y, en el dedo corazón, un anillo grabado con un sello en oro con un sol y una torre, que supuse los signos de mi linaje.

Un muchacho como de unos trece o catorce años, de ojos claros, no muy alto pero de espaldas anchas, aspecto

2 Señor Francisco, se lo ruego

fuerte y mirada resuelta me ofrecía una copa de vino de cristal tallado, que en su interior contenía un líquido caliente de color carmesí, muy especiado a juzgar por el aroma característico que exhalaba.

—Signore Francesco, per cortesia,³ disculpe que despier- te a su alteza, pero mi señor Lorenzo y mi señora Giovanna desean que vuestra excelencia pruebe este vino que se pre- para especialmente en palacio, con las uvas que proceden del Chianti, de las viñas de mi padrino y señor.

Absolutamente confundido, y sintiendo un gran mareo, acerté a decir:

—Muchacho, perdona los achaques del cuerpo y sobre todo de la mente de un viejo, podrías por favor decirme qué día es hoy.

—Por supuesto que sí, alteza, hoy es el día veintiocho de febrero del año de gracia de Nuestro Señor de mil cuatro- cientos ochenta y nueve.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le pregunté como si mi voz saliera desde la garganta de otra persona.

—Soy Michelangelo Buonarroti. He nacido en Casenti- no y allí he vivido hasta que don Lorenzo, nuestro señor, me cogió bajo su protección.

Pensando que mi oído y mi percepción toda me estaban jugando una mala pasada, me encontrara en el lugar que quien aquí me había traído quisiese, fuera lo que fuera lo que estuviese por suceder y teniendo por un momento la inicial idea de que el nombre que acababa de escuchar fuese apelativo corriente por estos lugares, pregunté:

—¿Sirves en esta casa?

—No, ilustrísima. Aunque daría mi vida por todos y cada uno de los Tornabuoni, en palacio sólo soy uno más de las personas que acoge con su inmensa bondad mi benefactor

³ Señor Francisco, por favor

y padrino, que Dios guarde, su señoría serenísima Don Lorenzo de Medici. Como sabe su excelencia, esta casa pertenece a Don Lorenzo Tornabuoni y a su esposa, mi señora Doña Giovanna Albizzi y, dada la enorme amistad y hermanamiento, diría yo, que existe entre las tres familias, Medici, Albizzi y Tornabuoni, así como con la de su señoría, nada tiene de extraño que las personas que acogen las cuatro casas, se mezclen con ocasión de algún acontecimiento memorable.

—¿Acontecimiento...?

—Sí, su ilustrísima, es el cumpleaños de mi maestro, Don Domenico.

—¿Es acaso Don Domenico un hombre de noble cuna? —pregunté, buscando algún asidero argumental que aclarará un poco todo este galimatías.

—No, que yo sepa, alteza, pero en esta casa todos le están agradecidos, especialmente la señora, por colaborar con Don Sandro en la decoración de Villa Tornabuoni, poco después de los esponsales de Don Lorenzo y Doña Giovanna, y por los frescos de Santa María.

—Entonces, Don Domenico y Don Sandro, ¿son pintores?

Veo que el muchacho inicia una sonrisa amplia que deja ver unos dientes no muy blancos, pero, volviendo a su habitual gravedad, responde:

—Naturalmente, excelencia, don Domenico es el señor Domenico di Tommaso Bigordi, que heredó de su padre, orfebre y platero, fabricante de “ghirlande d’argento” (guirnaldas de plata para los ricos peinados de las damas), el sobrenombre de Ghirlandaio, y que es mi maestro y preceptor en el arte de la pintura. Y don Alessandro Filipepi, hermano de Giovanni “Botticello” que por ser el primogénito de la familia de curtidores, comerciantes y doradores tan conocida

en Florencia, bajito de estatura y gordo como un “botticello” (botijo), dio nombre con su apodo al resto de la familia y también al pintor. De “Botticello ” pasó a ser “Botticelli”, con el uso del genitivo correspondiente. Ésta es la causa de que toda la república conozca a don Alessandro por Sandro Botticelli. Ambos, don Domenico y don Alessandro, son dos de los mejores pintores de Florencia y de todo el orbe cristiano, según dicen, y los artistas más queridos por todos en palacio.

—Por lo que me dices, ya veo que eres aprendiz en el taller de Ghirlandaio, que tu nombre es Michelangelo Buonarroti y que hoy es el cumpleaños del maestro —digo con el corazón en un puño, por encontrarme, aunque ni él ni nadie lo sepan todavía, ante uno de los genios pictóricos y escultóricos más grandes de todos los tiempos.

—¿Qué edad tienes, muchacho?

—El mes que viene cumpliré catorce años.

— Por lo que me acabas de decir, ahora te ocupas de...

—Estoy ayudando al maestro, con otros aprendices, en el acabado de los frescos del presbiterio de Santa María. También colaboran con don Domenico otros famosos pintores de Florencia, de Siena y de fuera de esos lugares, además de sus dos hermanos, Davide y Benedetto.

Una lucha feroz me atenaza, poseído no sé si de dos o más conciencias de una multiplicidad personal que en mí se halla, a caballo entre dos épocas y tal vez dos entidades al menos, que no se acaban de reconciliar. Como en un sueño vuelvo a escuchar la voz del muchacho:

—Como iba a contar a su señoría, hoy cumple el maestro cuarenta años y Don Lorenzo y su esposa ofrecerán en la fiesta que se va a celebrar en su honor este vino que le traigo a probar a su excelencia. Todos saben en esta casa que los españoles y los franceses, y su alteza especialmente

por haberlo demostrado en incontables ocasiones, son las personas más entendidas del mundo, digan los griegos lo que quieran, en la cata y apreciación de todo buen vino; así, cualquier caldo que se sirva en sus mesas, naturalmente, será bueno con toda seguridad si cuenta con la aprobación de su excelencia.

Aunque no dejo que me asome a la cara, no acabo de interpretar en su justa medida qué quiere decir el chico con aquello de que sé apreciar el buen vino. En mi fuero interno me sonrió pensando que, anteriormente, en alguna ocasión, haya podido dar la nota con una copa de más, ante esta depurada sociedad florentina, cuyo refinamiento ya se empieza a traslucir de forma patente, a través de los personajes que veo empiezan a entrar en la sala en la que nos hallamos el muchacho y yo.

—Miguel Ángel. Perdona, muchacho, ¿te importa que te llame por tu nombre en español?

—De ningún modo, alteza, ya comprendo que para vos es más fácil. Me siento muy honrado de poder servirlos.

—Verás, hijo mío, como ya tengo mis años a veces me falla un poco la memoria y también ando mal de la vista. Te estaría muy agradecido si no te alejaras mucho de mí, para que me puedas ayudar a identificar a las personas que se nos vayan acercando, pues, sobre todo, mis ojos no acaban ya de servirme como lo hacían hasta hace poco.

—Por supuesto que sí, señoría, no se preocupe vuesa merced, que yo le iré anunciando quién es cada persona que se acerque y pueda ser del interés de su alteza.

En aquel preciso momento, una pareja compuesta por un hombre de mediana edad que acompaña a una joven, llaman poderosísimamente mi atención. Para disimular mi azoramiento, pues en ese instante fijan la vista en nosotros, bebo un sorbo del dulcísimo néctar que contiene mi copa.

Tiene la dulzura de las uvas pasas de las que se ha extraído, potenciada con miel de romero y un espirituoso procedente tal vez de distintas hierbas aromáticas, que después de obtenido del alambique y enriquecido con canela y otras especias ha debido ser mezclado con el vino, para al fin ser suavizado con clara de huevo y finalmente filtrado. Por último y a juzgar por la temperatura que aun conserva la copa, seguro se ha calentado al baño María. El resultado es una bebida dulce y con grados, pero de paladar muy suave y agradable.

Para que el rubor que noto en mis mejillas, tal vez mezcla del efecto de la bebida y del cúmulo de las emociones que me embargan, no disminuya, observo que la pareja en cuestión se dirige hacia nosotros, ambos con una amplia sonrisa. Antes de dar el segundo sorbo a mi copa, pregunto con todo disimulo a mi joven acompañante la identidad de las personas que se nos aproximan:

—Son Don Lorenzo Tornabuoni y su esposa, excelencia.

En aquel momento, una alegre y poderosa voz de bajo se dirige a mí desde la sonrisa aristocrática de la masculina garganta que la emite, en un español claro sin ningún acento extranjero.

—Mi querido Don Francisco, que placer más grato verle por esta su casa. Supongo que en la de su señoría están todos con la excelente salud que vos demostráis.

En ese momento, Lorenzo Tornabuoni me abraza con toda efusividad, poniendo un sonoro beso en cada una de mis mejillas. Mientras lo hace, tiemblo al pensar que el protocolo, que desconozco, me puede jugar una mala pasada, sobre todo a la hora de saludar a la señora. No obstante y aunque absolutamente conmovido veo acercarse a la dama, la femenina actitud, desenvuelta y franca, me allana decididamente el camino:

—Querido embajador —dice, dirigiéndose a mí, la preciosa y distinguida joven, mientras me tiende sus manos y besa mi mejilla izquierda.

Lo primero que aprecio de la mujer es la delicadeza de unas manos casi transparentes, suavísimas y templadas como un flechazo de amor. Y un perfume entre jazmín y nardo con la dulzura de un beso en la mejilla, casto pero chispeante como los ojos que en este momento demuestran tanto afecto a la persona en cuyo cuerpo me hallo.

Todavía con sus manos entre las mías, me recreo en la belleza, distinción y elegancia indescriptibles de la hermosa mujer que tan tiernamente me acaba de besar. Es alta y delgada, con un aristocrático cuello que sostiene una cabeza de cabellos luminosos peinados con raya en medio y sujetos detrás en un complicadísimo moño trenzado en forma de rosa dorada, con horquillas de oro y pedrería finísimas y sujeto a la esbelta cabeza con una diadema de cuentas de nácar, engarzadas con hilo de seda y alternadas con coral de distintos tonos y pequeñas perlas blancas y negras. A ambos lados de la cabeza caen graciosos mechones, como cascadas doradas, completando el adorno del precioso peinado. En su grácil cuello, una fina cadena de oro sostiene una flor de lis esmaltada en rojo con incrustaciones de aguamarinas perfectamente talladas, bordeando el minúsculo camafeo que la contiene.

Súbitamente, la atronadora voz masculina, me saca de mi ensoñación contemplativa de la belleza sin parangón de aquella joven dama:

—Mi amadísimo señor embajador, ¡qué alegría!, ya veo que nos habéis hecho el honor de probar el vino, ¿tal vez lo notáis excesivamente especiado para el gusto español? Si no es de vuestro agrado, mandaré que lo cambien inmediatamente.

—¡Nada de eso!, ¡nada de eso! —respondo, preocupado de nuevo por el tratamiento que he de emplear—, el vino que acabo de probar es magnífico y está a la altura del paladar más refinado. El de vuestras señorías es conocido por todos por hallarse en el mejor lugar y, de ninguna manera, esta maravilla que contiene mi copa está por debajo de lo que siempre se espera encontrar al abrigo de la hospitalidad de vuestras altezas.

Inmediatamente noto que la sonrisa de mis anfitriones se hace más amplia después de mi respuesta al tiempo que Lorenzo Tornabuoni pone su mano en mi espalda invitándome a acompañarles en busca del resto de las personas que han ido llegando y que, en distintos grupos, charlan animadamente. Todas las damas son de una elegancia que, en cada caso, pugna por estar por encima de la de las demás, pero nunca roza lo excesivo. El refinamiento de las señoras que en todo momento se dirigen a los caballeros y entre ellas mismas con desenvoltura y sin dar en ocasión alguna sensación de estar o sentirse por debajo de los hombres, pone una total seguridad en los comentarios que hacen, y que les presta la gran inteligencia y enorme cultura que poseen. Tampoco los hombres muestran ningún tipo de incomodidad cuando una mujer contradice su criterio, no sé si tal vez porque, eso sí, lo hacen con una delicadeza y un tacto exquisitos.

—Venid, Don Francisco, Domingo Ghirlandaio —dice empleando el nombre castellano del pintor—, estará encantado de saludaros.

Adelantándose a su mujer y a mí mismo, que quedamos un poco por detrás, Tornabuoni se acerca a un grupo de tres personas, dos hombres y una dama que hablan animadamente. Por las ropas que visten, se nota que la señora es una mujer perteneciente a una familia noble y que los dos

hombres adoptan en su presencia un aire que, aunque en ningún momento quiere ser de inferioridad, trasluce el gran respeto que los dos sienten por ella.

—Francesca, guarda che bella compagnia portiamo con noi. ¡Domenico, Alessandro, la vostra attenzione, per cortesia!⁴

En respuesta a Tornabuoni, la dama se dirige a mí con la mejor de sus sonrisas y tendiéndome las dos manos como hace un momento ha hecho Doña Giovanna. Del mismo modo que la joven esposa de Lorenzo, Doña Francesca besa también mi mejilla izquierda y me dice en un perfecto castellano:

—Venga conmigo Don Francisco, y salude a Domenico que da oggi sarà già un vecchietto⁵.

Un hombre moreno, no muy alto, con el pelo cortado en melena y unos ojos muy vivaces, me dirige una reverencia mientras me dice:

—Encantado de verle, señoría, ¿qué tal se encuentra su excelencia? El que desde hoy pueda ya contar los cuarenta, no hace de mí una persona tan respetable como la bondad de Doña Francesca me supone, pero sí que procuro que la dedicación al trabajo supla, por lo menos en cierta medida, la falta de habilidad que todos los años vividos no han conseguido remediar en bien de mi obra.

Como puede notarse, he tenido muchísima suerte ante la circunstancia de que todos los que se han dirigido a mí lo hayan hecho después de que, de uno u otro modo, hubiesen quedado claramente identificados. De todas maneras, mi joven ángel de la guarda, que el mes próximo cumplirá catorce años, sigue pegado a mí sin decir una palabra pero siempre atento a todo lo que pueda necesitar. La actitud del

4 Francisca, mira que agradable compañía traemos. ¡Domingo, Alejandro, un momento por favor!

5 Desde hoy será ya un viejecito.

joven, que, a la vuelta de unos años, habrá de convertirse en uno de los mayores genios de todos los tiempos me tranquiliza sobremanera.

Naturalmente, primero me dirijo a la dama:

—Querida Doña Francesca, todo mi cariño y mi devoción más leal para vos y toda vuestra familia. Qué placer siempre disfrutar del afecto y la belleza de vuestra señoría. Don Domenico, “tanti auguri”⁶ —digo, dirigiéndome al pintor, al que reconozco por haber visto su autorretrato— y permítame vuesa merced que os contradiga, nadie en todo el mundo se atrevería a pensar que vos seáis poco hábil. Vuestra obra es apreciada como de lo mejor en todo el orbe cristiano. Me siento muy honrado de felicitaros en vuestro cuadragésimo aniversario y os deseo toda la dicha y fortuna del mundo.

—Don Francisco —interviene Tornabuoni— me gustaría que conocieseis al signore Alessandro di Mariano Filipepi, el pintor sublime de las Madonnas más bellas de Florencia.

—Me siento muy honrado de conocer a vuestra señoría, pero todo el mundo me conoce por Sandro Botticelli. La magnanimidad de Don Lorenzo no hace justicia a mi humilde persona. Sólo soy un pintor a las órdenes de los nobles señores que con su benevolencia han hecho de mí alguien a quién gracias al Altísimo no le falta el trabajo.

Aunque no tenía el honor de conocer a vuestra excelencia, sé por mi señora Doña Francesca Pitti, ¡scusatemi signora!, voglio dire, Doña Francesca Tornabuoni, Dio guardi sempre al mio amato signore Don Giovanni⁷, que sois una de las personas más queridas y respetadas en esta casa.

—No tienes que disculparte, Sandro —dice la señora que

6 Muchas felicidades.

7 Doña Francisca Pitti, ¡perdonadme, señora, quiero decir, Doña Francisca Tornabuoni, Dios guarde siempre a mi amado señor Don Juan (vuestro esposo).

me acaba de besar—, si el apellido de mi esposo es Tornabuoni, el de mi padre es Pitti y a ambos quiero y respeto por igual. Pero vayamos a la mesa, que ya me hace señas mi cuñada de que el banquete está servido en el jardín.

Sandro Botticelli, de quién sólo conocía unos supuestos autorretratos en que aparece a los veinte y sobre los treinta y cinco años, es un hombre de ojos ligeramente saltones, nariz prominente y una permanente expresión en una boca de labios grandes que se aúpan ligeramente a la sombra nasal en un gesto como de percibir un cierto mal olor. No tiene la sonrisa fácil y su voz es ligeramente nasal. Una incipiente calvicie comienza a apoderarse de su frente y su pelo de color castaño claro con hebras rojizas, empieza a clarear mientras algunas canas aparecen sobre sus orejas no muy grandes y ligeramente separadas de la cabeza.

—Admiro en gran manera vuestra obra, maese Alessandro —le digo— y me siento muy honrado de conoceros en persona, mi admirado y reconocido maestro de pintores. Las obras que salen de vuestro taller son estimadas como de lo mejor, en el mundo entero. Mi mayor respeto y admiración para vos y vuestra obra, caro signore.

—Toda mi gratitud —contesta Botticelli— por la bondad de su excelencia que no merezco, señor embajador. Para mí también es un gran placer conocer a vuestra alteza.

Doña Francesca me ofrece su brazo y seguidos de Don Lourenzo, los dos pintores y mi omnipresente acompañante Michelangelo nos dirigimos al jardín.

El ágape está preparado en una amplia explanada rodeada de parterres de invierno y altos árboles en cuyo centro se han situado unos toldos para proteger del sol a los pálidos comensales. En las esquinas del amplio rectángulo sobre el que se sitúan las mesas del banquete, cuatro fuentes presididas por distintos motivos escultóricos de la mitología clásica

arrullan con el discurrir del agua los oídos de una centena de invitados, que asistidos por más de doscientos sirvientes, beben, charlan y ríen con desenfado. Aprovechando que Doña Francesca se dirige a recibir a una dama y un gentil-hombre, que me saludan con un leve movimiento de cabeza, algo distantes de nosotros, aprovecho para preguntar a mi joven acompañante por la identidad de un caballero de imponente estampa, que bastante alejado también de donde nos encontramos, departe amigable con otros hombres pertenecientes, sin duda, a la nobleza, dada la riqueza de las ropas que visten.

—Perdona, muchacho, ¿quién es aquel caballero de porte majestuoso que ocupa el centro de aquella reunión de señores allá, al fondo?

Mi joven acompañante me mira incrédulo pero fiel a su palabra de prestarme ayuda en todo momento, responde:

—Señoría, es vuestro amigo más íntimo, su alteza serenísima, que Dios guarde siempre, mi padrino y señor, Lorenzo deMedici, conocido en el orbe cristiano por Lorenzo il Magnifico, el bendito padre de nuestra república.

En esto, la gruesa voz de Lorenzo Tornabuoni suena a mi espalda:

—¡Qué bellísima daga toledana portáis, mi querido Don Francisco! ¿Me la dejáis ver más de cerca?

—Naturalmente que sí, caro amico —le tiendo el puñal con sumo cuidado.

En aquel preciso instante, un joven como de la edad de Michelangelo, de entre los muchos que sirven vino y acompañan a las damas de más edad a sus respectivos asientos, salta desde detrás de unos arbustos y, dejándonos a todos boquiabiertos, propina un fortísimo puñetazo en la nariz al muchacho que me acompaña, gritándole agresivo:

—¡Truhán soberbio y despreciable, ahí tienes lo que te

meredes por ser un cerdo presuntuoso!, ¡non potrai già mai tornare ad usar il naso da questo benedetto momento!⁸

Mi joven amigo cae al suelo en aquel momento con toda la cara ensangrentada y, con tan mala fortuna que da un fuerte empellón a Tornabuoni, que trastabilla y hace caer bajo el cuerpo del muchacho el puñal que nuestro anfitrión contemplaba segundos antes con tanto interés. Instintivamente y sirviéndome del bastón de ébano que llevo aún en mi mano derecha, golpeo providencialmente el arma, a punto de clavarse en el costado del servicial muchacho, de manera que la hago cambiar de posición hacia fuera, en el momento en el que Michelangelo, todo ensangrentado, da con sus huesos en el suelo, salvando la vida por un segundo, y la bendita habilidad que Dios ha querido concederme en este decisivo momento. A pesar de todo, el cuchillo sale disparado, rozando el pulgar de mi mano izquierda con su filo y produciéndome un profundo corte, que también comienza a sangrar abundantemente.

Sin apercibirme de mi herida ayudo a levantar al joven genio, cuya cara ha quedado desfigurada por la abundante hemorragia que brota de su inflamada nariz, y que ahora se mezcla con las lágrimas entre el dolor y el agradecimiento, que desde su mirada de profundo reconocimiento a mi persona, bajan a una garganta conmovida que me dice.

—¡Excelencia, me habéis salvado la vida! Os juro que nunca lo olvidaré.

—Pero, querido muchacho, ¿quién os ha pegado? —pregunto mientras otros jóvenes se llevan al agresor que no deja de proferir insultos y juramentos.

—Es el joven Pietro Torrigiano que no sé por qué razón, siempre me ha odiado —contesta con voz de acatarrado nasal y vocalización muy confusa, mi sangrante amigo con la

8 Nunca volverás a usar la nariz desde este bendito momento.

nariz rota.

—Debes ir a que te curen, muchacho —dice Tornabuoni—. Me encargaré de que Torrigiano sea castigado. Pero, mi querido amigo —dice recogiendo mi puñal—, vos también estáis herido. ¡Qué desgracia!

—No os preocupéis, caro amigo —le digo—, lo mío no es nada.

Doña Giovanna, que se ha apercibido del tumulto que se acaba de organizar, acude a mí, solícita, y mientras me mira con una indescriptible cara de preocupación en sus preciosos ojos, me tiende un blanquísimo pañuelo de seda bordada y encaje, mientras dice con una lágrima en la mejilla:

—Limpiaos esa herida, queridísimo amigo y venid conmigo para que nuestro médico pueda ver esa mano que sangra tanto.

—Mi bella señora, no os preocupéis por mí —le digo mientras empiezo a notar un ligero mareo, y cómo los purísimos y rasgados ojos verdes de Doña Giovanna me transportan a otras realidades fuera del tiempo.

Alguien me ayuda a sentar... mientras, de pronto, mi realidad vuelve ante los frescos de Santa Maria Novella y a la voz de Charo, que me pregunta sobresaltada:

—¿Qué te pasa Paco? ¿Qué te has hecho en la mano? ¡Tienes un corte, y te sangra mucho! ¿Quién te ha prestado ese pañuelo?

Efectivamente, vuelvo a ser yo, si es que antes no lo era, pero el corte que me ha producido el cuchillo, supuestamente toledano, sigue en mi mano, protegida aún por el pañuelo de la mujer más bella que he visto nunca.

—¿Quién te ha podido prestar una maravilla de pañuelo así? ¡Con un kleenex hubiese bastado!

—¿Qué te preocupa más, Charo, el pañuelo o mi herida? —le digo, algo molesto por lo que considero un rasgo

de cierta impertinencia, pero, sobre todo, con el propósito de distraer su atención, lo que momentáneamente consigo.

—Anda, pedazo de despistado, vamos a que el médico vea esa herida, antes de que se infecte. ¡Qué desastre de hombre!

Ya en Roma, rodeado de turistas, ante los impresionantes frescos de “El Juicio Final” en la maravillosa Capilla Sixtina, con la mano aun vendada cubriendo los ocho puntos de sutura que el médico me aplicó sobre la herida abierta, comprobé cómo la promesa que mi joven amigo Michelangelo Buonarroti asegurando que nunca me olvidaría, se estaba materializando ante mi mirada conmovida, en la pared de la inigualable capilla. Con los justos que por la derecha del Divino Maestro ascendían al cielo, estaba mi rostro, con la barba algo más crecida, pero inconfundible entre las almas de los bendecidos. Después de superada mi primera emoción, al ver mi cara en la pared a la derecha de Jesús, mis ojos se movieron automáticamente hacia el grupo de los condenados, tal vez intentando ver el rostro del agresor de mi amigo que, a su vez y según se cuenta, como gran escultor que llegó a ser, influyó de manera más que notable en la obra de nuestro así mismo genial, Juan Martínez Montañés. Inmediatamente caí en la cuenta de que no sabía qué buscar. Ni recordaba la cara del joven Pietro Torrigiano, por haber estado más pendiente durante el ataque del agredido que del agresor, ni para nada conocía su rostro de persona mayor que, en caso de haber sido castigado por Miguel Ángel “mandándolo al infierno”, lo habría representado con su aspecto de adulto.

En Florencia se quedaron mis ropas del Quattrocento, supongo que “traídas” de España por el embajador, un mag-

nífico bastón de madera de ébano y marfil, el anillo con mis dignidades de nobleza, mi daga de bello acero toledano y puño de pedrería, todavía en el instante de mi regreso en manos de Tornabuoni, el grato acogimiento de las nobles familias toscanas, las muestras de cariño y respeto de dos inigualables damas florentinas, la preocupación auténtica por mi integridad en los ojos y la voz de mujer más bellos que yo haya visto jamás, y la amistad y gratitud magníficas de uno de los muchachos de catorce años más asombrosos que he conocido, y que llegaría, con el devenir del tiempo a ser, entre un millón, uno de los grandes genios de la arquitectura, la pintura y la escultura que el buen Dios haya puesto sobre la tierra. Sólo me traje la herida de un puñal en mi mano y el precioso “fazzoletto” de la mujer más bella de la tierra.

Junto al querido pañuelo con mi sangre seca que no he querido lavar, conservo un supuesto autorretrato —yo sé ahora que fidedigno— de juventud, de mi genial amigo, encontrado en las páginas de una revista especializada y todo el reconocimiento y la devoción por su figura inmensa de persona y genial artista.

Las realidades que nos contienen no están separadas por un muro construido de millares de miles de ladrillos de barro cocido o de infinitas piedras talladas pacientemente por un cantero ciclópeo que hubiera trabajado de manera incansable a lo largo de siglos y siglos; nuestros mundos palpitan en recipientes blandos donde a veces las manos captan e intercambian las caricias a través de un suave tejido de seda que moldea nuestros respectivos presentes. Aunque alguien tenga el raro privilegio de situar su consciencia a caballo entre dos mundos paralelos de manera que puedan ser percibidos como si se tratase de sucedidos coincidentes, cuando la mano que sigue a la intención que roza levemente la

tela es captada por otra mano, temblorosa y expectante al otro lado, puede que se halle situada a centenares o miles de años de distancia y determinada por una inexorable e inalcanzable realidad onírica; pero tal vez otras veces, facilitará no se sabe mediante qué extraño mecanismo, que la flexibilidad de la trama que nos separa se mantenga alcanzable y, felizmente, posibilite la circunstancia venturosa de que se haga notar.